

Cuando ví que los leñateros habían elegido para nidificar el extremo del caballete, junto al palo, no creí que les fuera posible asegurar el nido, ya que siempre los había visto en horquetas, entre ramas o apoyados en varias partes y pensé que el primer viento fuerte daría con él en tierra.

Pero los pájaros, buenos ingenieros, habían hecho sus cálculos y tenían fe en su arte de constructores.

Hicieron la cámara aplicada al ángulo que forma el caballete y el palo y luego prolongaron el tubo en forma espiral, abrazando el palo y permaneciendo el nido sólidamente adherido a éste; y yo, como es de imaginarse, quedé curado de mi incredulidad.

Para terminar anotaré una observación rara, pues se trata de una aberración moral con tendencia al parasitismo, quizás un caso individual, de un hornero (*Furnarius rufus*) que tiene el hábito del robo de materiales a sus congéneres.

Al finalizar el invierno pasado, dos parejas de horneros iniciaron al mismo tiempo la construcción de sus hornos; una en el poste de una tranquera y la otra en un sauce, como a 30 ms. del anterior.

La pareja del poste usaba el barro que se formaba alrededor de una bomba próxima, y la otra el de un bebedero distante como 80 ms. en sentido opuesto.

Una mañana ví con sorpresa que uno de los horneros del sauce sacaba a picotazos el material fresco recién puesto en el nido del poste y lo llevaba al suyo para emplearlo en él; mientras tanto la pareja propietaria estaba ocupada en la bomba preparando material.

Pero sucedió que el delincuente, descubierto y en una ocasión sorprendido infraganti por los dueños, fué capturado; pues, lo apresaron con las uñas y cayeron al suelo, donde a picotazos y aletazos le dieron el condigno castigo.

Después, ví que la pareja del poste vigilaba el nido y no permitía aproximarse a los otros horneros, causas por las cuales terminaron el nido varios días después que la pareja ladrona.

Dejo la consecuencia de estos casos al criterio de mis estimados lectores.

JUAN B. DAGUERRE.

---

## SOBRE UNA COSTUMBRE POCO CONOCIDA DE LA PERDIZ CHICA NOTHURA MACULOSA

En el año 1917 tuve oportunidad de pasar una larga temporada en la estancia « Los Ingleses » en la rinconada de Ajó, partido de General Lavalle, y recordando algunas incidencias de esa estadía, le narraba a mi amigo y compañero de tareas en aquel tiempo, don Pedro Serié, lo difícil que me había resultado enseñar a cazar a un cachorro « pointer », de siete meses, que había llevado conmigo.

El mencionado caballero creyó que el hecho en sí era por demás interesante, razón por lo cual pidióme, en reiteradas ocasiones, que redactase una nota para nuestra revista a lo que accedo hoy gustoso, pues me anima el propósito de corroborar las aseveraciones de nuestro consocio señor J. B. Daguerre hechas en su escrito « Una costumbre poco conocida de la perdiz chica » publicado en el último número de la revista EL HORNERO.

En efecto; óyese con frecuencia decir a los aficionados a la caza que algunos cachorros, aún de las mejores razas, tienen miedo a las detonaciones de escopeta; en cambio no parece tan común el hecho de que las perdices (*Nothura maculosa*) los asusten tanto al levantar el vuelo, inconveniente éste mucho más difícil de vencer que el antes señalado, en el adiestramiento de un perro.

El instinto de estos animales los lleva, desde la primera vez que salen al campo, a seguir el rastro de las perdices con preferencia a cualquier otro, aunque nunca las hayan visto; de modo que en el presente caso no tuve mucho que andar para darme por advertido cuando el cachorro tomó uno de esos rastros.

Animándolo sin precipitación, llegó a aproximarse tanto, que la perdiz con su acostumbrada estridencia se levantó a un metro de distancia.

En el breve espacio de tiempo transcurrido en hacer puntería y producirse el disparo, el perro salvó un trecho del camino de regreso a la estancia resultando inútil todos mis esfuerzos para que volviese donde me encontraba.

Como el mismo caso se repitiera en otras oportunidades, resolví encerrarlo en una pequeña habitación que no se utilizaba, dándole por compañera una perdiz que había cazado viva, tratando de conseguir por ese medio que perdiese el miedo a tan grande enemigo.

Lejos estaba de sospechar por cierto, que al disponer así las cosas se me brindaría la oportunidad de observar, durante algunos días, las escenas más ridículas a la vez que pintorescas.

Dispuse en el centro de la habitación dos recipientes, uno con agua y otro con algunos trozos de carne cocida y diseminé en el piso cierta cantidad de alpiste y maíz triturado.

Al anochecer del primer día resolví libertar al perro durante algunos instantes, dentro del recinto cercado de esa parte de la casa, y no me sorprendió mayormente el hecho de hallarlo encaramado sobre el elástico metálico de una cama vieja cuando penetré en la habitación.

Cuando abrí la puerta que comunicaba con el exterior se aproximó con tanta cautela y mirando tan fijo debajo de un estante cuya primera división se hallaba a unos veinte centímetros del suelo, que no tuve la menor duda de que la perdiz debía hallarse ahí escondida.

Llamóme la atención al segundo día el hecho de que el perro no comiese, pero pensé que bien podría atribuirse a la mortificación de verse continuamente encerrado.

Al tercer día ya me preocupó verlo, como dicen los paisanos, más delgado que una cimbra; y como en las horas de la tarde resultase demasiado molesto con sus aullidos, determiné aplicarle un correctivo: dirigíme con toda cautela hasta una pequeña ventana de la habitación a objeto de sorprenderlo y conseguir que la lección surtiera sus efectos.

Cuando desde la misma observé el interior de la habitación tuve que abandonar los propósitos que allí me habían llevado ante el cuadro que se presentó a mi vista: acosado por el hambre y la sed, y jugándose su último resto de coraje, el pobre perro se resolvía a abandonar la cama con toda clase de precauciones. Mas ni bien llegó al suelo, desde su escondite salió la perdiz como una exhalación, con las plumas erizadas hasta abultarla media vez más su tamaño; el cogote recogido hasta dejar la cabeza entre el nacimiento de las alas que sacudía con violencia, y golpeando los tarsos sobre las tablas del piso, quedó convertida en un ser verdaderamente extraño y diabólico.

De no haber tenido el perro un refugio tan seguro como el que la cama le ofrecía, creo que la perdiz hubiese llegado a picotearlo en sus arremetidas, tan segura estaba el ave de ser dueña de la situación.

Así las cosas no podían prolongarse por mucho tiempo y fui en ayuda del perro; poco a poco, a fuerza de azuzarlo reteniéndolo con una mano del collar y a la perdiz con la otra, que simulaba estar muerta, concluyó por convencerse de que, en efecto, no era tan bravo el león como lo pintan.

ANTONIO POZZI.

## NOTA SOBRE EL PARASITISMO DEL "CRESPIN"

(TAPERA NAEVIA)

Hace varios años tuve oportunidad de cazar una hembra del « crespín », la que al morir dejó caer un huevo. Desgraciadamente, el huevo se deshizo al caer por lo que no me fué posible medirlo. No obstante, pude comprobar que era de un color blanco puro y a punto de ser puesto.

Conseguí hace algún tiempo otro huevo de esta misma especie, encontrado en el abdomen de una hembra. Era blanco también y las dimensiones eran de 15 × 20 mm.

Resulta así que siendo el huevo del crespín de un color común, se hace muy difícil distinguirlo cuando está mezclado con los similares de otras especies, como los de varios Dendrocoláptidos, de los géneros *Furnarius*, *Upucerthia*, *Cinclodes*, *Synallaxis*, *Craniroleuca*, *Phacellodomus* y muchas otras en cuyos nidos efectúa su postura el crespín.

Esta observación, confirmada por el profesor Carlos Fiebrig <sup>(1)</sup>, hace más

(1) *Aves del Paraguay*, en EL HORNERO, vol. II, p. 212.